



Introducción: El eco de una frase olvidada

«*Transit gloria mundi*» —“Así pasa la gloria del mundo”. Una expresión breve, antigua, solemne. Suena como una campana lejana que resuena entre los muros del tiempo, y sin embargo... ¿qué puede decirnos hoy esta sentencia latina, cuando el mundo corre, brilla y grita con luces de neón y promesas vacías? ¿Qué sentido tiene hablar del fin de la gloria en una época que idolatra el éxito, la imagen, la velocidad y el poder?

Este artículo no es un canto fúnebre, sino una guía espiritual. Una invitación a detenerse, a mirar con otros ojos la fugacidad de la vida, el esplendor pasajero de las cosas humanas, y a descubrir —en medio del polvo de lo efímero— el verdadero brillo que no se apaga: el que viene de Dios.

1. Origen y contexto de la expresión: El susurro de la eternidad en la Roma barroca

La frase “*Transit gloria mundi*” se popularizó especialmente en los rituales papales del siglo XVII. Durante la ceremonia de coronación de un nuevo Papa, mientras el Pontífice era llevado en procesión por la Basílica de San Pedro, un maestro de ceremonias se acercaba tres veces a él con una antorcha encendida. Con cada acercamiento, encendía un manojo de estopa (una fibra vegetal inflamable), lo levantaba frente al Papa y, mientras se consumía en segundos, decía solemnemente:

“*Pater Sancte, sic transit gloria mundi.*”
(“*Santo Padre, así pasa la gloria del mundo.*”)

Era un acto profundamente simbólico: justo en el momento de mayor gloria y poder humano —el ascenso al trono de San Pedro— se recordaba al nuevo Papa la fugacidad de toda grandeza terrena. Era una advertencia contra la vanagloria, una medicina contra el orgullo espiritual, y una guía hacia la humildad cristiana.

Pero esta frase no nació con la Iglesia. Sus raíces son aún más antiguas. Su espíritu se encuentra en textos bíblicos como el Eclesiastés: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” (Ecl 1,2). Y en la sabiduría clásica: los romanos ya hablaban de la inestabilidad del *gloria*



mundi, sabiendo que los triunfos, los palacios y las coronas se desmoronan con el tiempo.

2. Significado teológico: la gloria que no pasa

En su esencia, “*Transit gloria mundi*” no es una frase pesimista. Es profundamente teológica. Es una llamada a mirar más allá.

La gloria del mundo pasa... ¿pero por qué? Porque no es eterna. No puede serlo. Todo lo creado, por bello, grande o deseable que parezca, es limitado. Solo Dios es eterno. Solo Él es fuente de verdadera gloria.

Jesucristo mismo encarna este mensaje. Él, el Hijo de Dios, “no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se anonadó a sí mismo” (Fil 2,6-7). Su gloria no se manifestó en tronos ni en ejércitos, sino en la Cruz. El Calvario fue su trono, el madero su cetro, la corona de espinas su diadema.

Y desde esa paradoja divina nos enseña: la verdadera gloria no es la que brilla ante los ojos del mundo, sino la que arde en el corazón purificado por el amor, el sacrificio y la humildad.

3. “Transit Gloria Mundi” hoy: una medicina contra el ego del siglo XXI

Vivimos en un tiempo que exalta lo opuesto: el éxito inmediato, el reconocimiento público, el poder, la influencia, la juventud eterna. Nos enseñan a construir “marcas personales”, a medirnos por seguidores, logros, belleza, riqueza... Todo eso puede tener valor, pero no puede ser el centro.

El problema no es tener gloria humana, sino olvidar que pasa. Cuando creemos que nuestra identidad depende de ella, construimos sobre arena. Cuando la buscamos como fin último, caemos en la trampa del ego.

Aquí “*Transit gloria mundi*” se vuelve un faro. Una frase que purifica, que nos ayuda a relativizar los fracasos y los éxitos. Nos recuerda que incluso lo más grandioso se desmorona. Y eso no es triste: es liberador. Porque si la gloria del mundo pasa, no tenemos que



aferrarnos a ella. Podemos mirar hacia lo que permanece: Dios, el alma, la virtud, la caridad, la verdad.

4. Aplicaciones espirituales: cómo vivir con los pies en la tierra y el alma en el cielo

¿Cómo podemos incorporar esta sabiduría en la vida diaria? Aquí algunas claves prácticas y espirituales:

a) **Practica la humildad**

Reconoce que todo don viene de Dios. Si tienes talento, belleza, éxito, alegría... agrádeclo, pero no lo conviertas en ídolo. Úsalo al servicio de los demás.

b) **Abraza la sencillez**

No necesitas tener más para ser más. La sencillez de vida —no como pobreza forzada, sino como libertad interior— es un camino de paz. San Francisco de Asís es un testimonio vivo de esto.

c) **Vive el presente, con mirada eterna**

Disfruta los regalos del presente, pero no los adores. Recuerda que todo pasa, y que lo único que permanece es lo que se hace con amor.

d) **Cultiva la virtud, no la imagen**

Hoy se invierte mucho en cuidar la imagen. Pero la verdadera belleza está en el carácter. La santidad, aunque no tenga “likes”, es la gloria que no pasa.

e) **Memento Mori: recuerda que morirás**

No como una amenaza, sino como una brújula. Recordar la muerte es vivir mejor. Te ayuda a no posponer el perdón, el amor, el arrepentimiento. A no perder tiempo en lo superficial.



5. Ecos litúrgicos y monásticos: donde aún vive esta frase

Aunque la frase ya no se utiliza en las coronaciones papales modernas, su espíritu vive en la Liturgia de la Iglesia, especialmente en el tiempo de Cuaresma y Semana Santa. El Miércoles de Ceniza, por ejemplo, escuchamos:

“*Recuerda que polvo eres, y al polvo volverás.*”

Y también vive en los monasterios, donde los monjes practican el *memento mori*, mantienen cráneos en sus celdas o meditan sobre la muerte, no por obsesión, sino por sabiduría.

Los santos, especialmente los Padres del Desierto, comprendieron que la conciencia de la brevedad de la vida no lleva a la tristeza, sino a una libertad inmensa: la de vivir para lo eterno.

6. Conclusión: más allá del polvo, la luz

«*Transit gloria mundi*»... Sí. Así pasa la gloria del mundo. Pero no todo pasa. La fe permanece. El amor permanece. La Cruz permanece. Y Cristo, Rey humilde y glorioso, nos espera al final del camino con los brazos abiertos.

Esta frase no es un final, sino un comienzo. No es una lápida, sino una semilla. Nos recuerda que mientras el mundo corre tras su gloria efímera, nosotros podemos elegir una gloria distinta: la que no brilla, pero ilumina; la que no se aplaude, pero salva; la que no se desvanece, porque nace del corazón de Dios.

Y tú, ¿por qué gloria vives?